



CAPÍTULO XIII

Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos, etc.

Entramos en la época más desarreglada de mi vida. Todos mis extravíos referidos hasta aquí son frutas y pan pintado respecto á los delitos que se siguen. Ciertamente me horrorizo yo mismo, y la pluma se me cae de

la mano al escribir mis escandalosos procederés, y al acordarme de los riesgos y lances terribles que á cada momento amenazaban mi honra, mi vida y mi alma; porque es evidente que el hombre mientras es más vicioso está más expuesto á mayores peligros. Ya se sabe que nuestra vida es un tejido continuo de sustos, miserias, riesgos y zozobras que por todas partes nos amagan; pero el hombre de bien con su conducta arreglada se libra de muchos de ellos y se hace feliz en cuanto cabe en esta vida miserable; cuando por el contrario, el hombre vicioso y abandonado, no sólo no se libra de los males que naturalmente nos acometen, sino que con su misma relajación se mete en nuevos empeños y llama sobre sí una espantosa multitud de peligros y lacerías, que ni remotamente los experimentara si viviera como debía vivir, y de este fácil principio se comprende por qué los más viciosos son los más llenos de aventuras y acaso los que lo pasan peor aún en esta vida. Yo fuí uno de ellos.

Seis meses estuve en mi casa haciendo una vida bien hipócrita; porque rezaba el rosario todas las noches, según la costumbre de mi difunto padre, salía muy poco á la calle, no asistía á ninguna diversión, hablaba de la virtud y de cosas de Dios con frecuencia, y en una palabra, hice tan bien el papel de hombre de bien, que la pobre de mi madre lo creyó y estaba conmigo loca de

contenta. ¡Qué mucho! si la tragó Januarió siendo tan veterano en picardías, y tanto lo creyó, que un día me dijo: — Periquillo, me has admirado: ciertamente que tú naciste para fraile, pues cuando yo esperaba que salieras á coger las primicias de tu libertad absoluta y que nos daríamos los dos nuestros verdes muy razonables, te veo encerrado y hecho un anacoreta en tu casa. — ¡Pobre de Januarió! ¡Pobre de mi madre! ¡Y pobres de cuantos se persuadieron á que era virtud lo que sólo era en mí una malicia muy refinada!

Trataba yo de conceptuarme bien con mi madre para que confiando en mí totalmente no me escaseara los medicillos que mi padre le hubiera dejado, lo que no me fué difícil conseguir con mis estratagemas maliciosas.

De facto, mi madre me descubrió y aun me hizo administrador de los bienecillos que habían quedado, y consistían en mil y seiscientos pesos en reales; como quinientos en deudas cobrables, y cerca de otros mil en alhajitas y muebles de casa. Cortos haberes para un rico; mas un capitalito muy razonable para sostenerse cualquier pobre trabajador y hombre de bien; pero sólo eso era lo que me faltaba, y así dí al traste con todo dentro de poco tiempo, como lo veréis.

Cualquier capitalito razonable florece en las manos de un hombre de conducta y aplicado al trabajo; pero

ninguno es suficiente para medrar en las de un joven como yo, que no sólo era disipado, sino disipador.

El dinero en poder de un mozo inmoral y relajado es una espada en las manos de un loco furioso. Como no sabe hacer de él el uso debido, constantemente sólo le sirve de perjudicarse á sí mismo y perjudicar á otros, abriendo sin reserva la puerta á todas las pasiones, facilitando la ejecución de todos los vicios y acarreándose por consecuencia necesaria un sinnúmero de enfermedades, miserias, peligros y desgracias.

Para precaver así la dilapidación de los mayorazgos, como la total ruina de estos pródigos viciosos, meten la mano los gobiernos, y quitándoles la administración y manejo del capital, les señalan tutores que los cuiden y adieten como á unos muchachos ó dementes; porque si nó, en dos por tres tirarían los bancos de Londres si los hubieran á las manos.

¡Es una vergüenza que á unos hombres regularmente bien nacidos, y sin la desgracia de la demencia, sea menester que las leyes los sujeten á la tutela y los reduzcan al estado de pupilos, como si fueran locos ó muchachos! Pero así sucede, y yo he conocido algunos de estos mayorazgos sin cabeza.

Si yo hubiera sido mayorazgo no me hubiera quedado por corto para tirar todo el caudal en dos semanas, pues era *flojo, vicioso y desperdiciado*: tres requisitos que

con sólo ellos sobra para no quedar caudal á vida por opulento y pingüe que sea.

Atando el hilo de mi historia digo: que ya me cansaba yo de disimular la virtud que no tenía, y deseando romper el nombre y quitarme la máscara de una vez, le dije un día á mi madre: — Señora, ya no tarda nada el día de san Pedro. — ¿Y qué me quieres decir con eso? preguntó su merced. — Lo que quiero decir, le respondí, es que ese día es de mi santo, y muy propio para quitarnos el luto. — ¡Ay! no lo permita Dios, decía mi madre. ¿Yo quitarme el luto tan breve? ni por un pienso. Amé mucho á tu padre y agraviaría su memoria si me quitara el luto tan presto.

— ¿Cómo tan presto, señora? decía yo; ¿pues ya no han pasado seis meses? — ¿Y qué, decía ella toda escandalizada, seis meses de luto te parecen mucho para sentir á un padre y á un esposo? No, hijo, un año se debe guardar el luto riguroso por semejantes personas.

Ya ustedes verán que mi madre era de aquellas señoras antiguas que se persuaden á que el luto prueba el sentimiento por el difunto, y gradúan éste por la duración de aquél; pero ésta es una de las innumerables vulgaridades que mamamos con la primera leche de nuestras madres.

Es cierto que se debe sentir á los difuntos que ama-

mos, y tanto más cuanto más estrechas sean las relaciones de amistad ó parentesco que nos unían con ellos. Este sentimiento es natural, y tan antiguo, que sabemos que las repúblicas más civilizadas que ha habido en el mundo, Grecia y Roma, no sólo usaban luto, sino que hacían aún demostraciones más tiernas que nosotros por sus muertos. Tal vez no os disgustará saberlas.

En Grecia, á la hora de expirar un enfermo, sus deudos y amigos que asistían, se cubrían la cabeza en señal de su dolor para no verlo. Le cortaban la extremidad de los cabellos y le daban la mano en señal de la pena que les causaba su separación.

Después de muerto cercaban el cadáver con velas,¹ lo ponían en la puerta de la calle, y cerca de él ponían un vaso con agua lustral, con la que rociaban á los que asistían á los funerales. Los que concurrían al entierro y los deudos llevaban luto.

Los funerales duraban nueve días. Siete se conservaba el cadáver en la casa, el octavo se quemaba, y el noveno se enterraban sus cenizas. Con poca diferencia hacían lo mismo los romanos.

Luego que expiraba el enfermo daban tres ó cuatro alaridos para manifestar su sentimiento. Ponían el cadá-

¹ En los primeros días del cristianismo se usaban ya los cirios ó hachas de cera; pero anteriormente no se conocían, pues que ni en pinturas ni en grabados ó medallas se ve algo que se les parezca, y *candela* propiamente quiere decir *luz*. E.

ver en el suelo, lo lavaban con agua caliente y lo unguían con aceite. Después lo vestían y le ponían las insignias del mayor empleo que había tenido.

Como aquellos gentiles creían que todas las almas debían pasar un río del infierno que llamaban *Aqueronte*, para llegar á los Elíseos, y en este río había sólo una barca, cuyo amo era un tal *Carón*, barquero interesante que á nadie pasaba si no le pagaban el flete, le ponían los romanos á sus muertos una moneda en la boca para el efecto.

A seguida de esto, exponían el cadáver al público entre hachas y velas encendidas, sobre una cama en la puerta de la casa.

Cuando se había de hacer el entierro, se llevaba el cadáver al sepulcro ó en hombros de gente ó en literas, (como nosotros antes de hoy los llevábamos en coches). Acompañaba al cadáver la música lúgubre, y unas mujeres lloronas alquiladas, que llamaban por esta razón *Præficae*, y en castellano se llaman plañideras, que con sus llantos forzados reglaban el tono de la música y el punto que había de seguir en el suyo el acompañamiento.

Los esclavos á quienes el difunto había dado libertad en su testamento iban con sombreros puestos y hachas encendidas. Los hijos y parientes con los rostros cubiertos y tendido el cabello. Las hijas con las cabezas descu-